

SOLITARIO NIÑO VIEJO

Llegó al museo callado, sin querer aparentar su estado de ánimo. Los domingos se hacen más largos para la gente solitaria, y su duración aumenta entre cuatro paredes multiplicadas por dos habitaciones, una cocina y un cuarto de baño sin ventanas y extractor. Había recibido un correo donde Silvia anunciaba una próxima actividad: “la pieza del mes”, y pensó que su agenda sábado-lúnica pasaría rápido si copaba la mañana con aquella invitación electrónica. Se dirigió entonces al museo antes de la hora prevista, de ahí que entrara taciturnamente, sin sensación expectante ni aire instintivo. La familiaridad profesada hacia aquella galería le llevó a visualizar sus seis salas para optimizar el recorrido y acercarse estratégicamente al salón de conferencias. Siempre buscaba un buen sitio donde escuchar cómodo a quienes intervenían. Odiaba estar de pié y mezclarse con sujetos legos tumultuosos que, además, no apagan los móviles evidenciando a timbrazos su ineducación junto a un pésimo gusto musical de politono. Decidió empezar su visaje frente a la máscara del Dios Pan y relajarse luego autoeróticamente con el gesto curvilíneo de Afrodita agachada. Después, calmados sus vítreos, se situó ante el mosaico del cortejo báquico. Las ocho escenas de ménades y sátiros girando sobre una rosa pretérita de los vientos activarían su imaginación hasta la hora de inicio, controlando a su vez a los asistentes desde aquel enclave cuando aparecieran multitudinariamente desde lejos.

Niño entró indomable tirando del brazo de sus progenitores. Mostraba unos ojos relucientes y abiertos, dispuestos a devorar todos los rincones del museo. Nada más pasar al patio 1º se soltó de sus padres con la fuente inagotable de una vitalidad de agua. No le interesan los objetos pequeños que presenta la galería tras los cristales. Ignora las arracadas de oro, los pendientes califales, el cervatillo de bronce o el tesoro de los Almadenes. Sube y baja a pata coja las escalinatas semicirculares del yacimiento del teatro romano. Mete el brazo en las ánforas con la intención de encontrar alguna piedra canica o una pelota de tenis que el tiempo hubiese revestido de caucho amarillento. Toca de corrido las peanas de los conjuntos escultóricos ungiéndolos con sus dedos inocentes de saliva. Hasta decide domar el león ibérico de nueva Carteya sentándose encima de su lomo de mármol. Sólo los niños detienen sin esfuerzo el transcurso de una mañana de domingo.

Viejo entró con lentitud apoyado en su bastón de nogal. No requiere ningún croquis del recorrido pues tiene memorizado el museo bajo sus suelas gastadas de goma y años. Camina tranquilo con pasos de semana santa, aunque a veces mira de reojo las señales indicativas para confirmar sus intuiciones brújulas. Ya sólo se detiene ante objetos que simbolizan algún rito religioso, iconos de carácter mágico o lápidas funerarias. Observa los exvotos ibéricos, las tablillas de beneficios, la figura de budú, la sombra movediza del reloj árabe solar. Hace paradas breves en cada sala engrasando su organismo con una ración diaria de pastillas azules, blancas, rojas, verdes y amarillas. Frente al mosaico de las cuatro estaciones, reta la inadecuación de sus símbolos agrícolas debido a un tiempo trocado por el hombre, hasta abstraerse, preguntándose: cuándo y cómo replicará para sí la campana del Abad Samson.

Tras la conferencia, los asistentes al acto emprendieron el camino de salida. Solitario y viejo, como siempre, quedaron rezagados aguardando que la multitud se disgregara, pero de pronto escucharon una risa burlona que salía desde el interior de un sarcófago. Niño asomaba y bajaba la cabeza cuando alguien se aproximaba a su escondite, lo cual le confería un sentido primario de control sobre su vida juguete. Manteniendo cierta distancia para no romper su entretenimiento de niño, viejo y solitario centraron respectivamente su interés en las cinco escenas talladas de aquel féretro paleocristiano de dos metros de largo. Solitario clavó sus ojos en el desnudo de Eva y Adán tentados por la serpiente del árbol de la ciencia. Viejo se afanaba en descubrir un nexo de unión entre los otros cuatro espacios representados, intentando hilvanar una “story board” entre el sacrificio de Isaac, las negaciones de San Pedro, la multiplicación de los panes y los peces, o el controvertido milagro de la piedra de Horeb. Nadie hubiera pensado que un ataúd marmóreo lograra asemejar desemejante desemejanza.

Un día, Silvia recibió el siguiente mensaje al abrir su correo electrónico: *“Querida Silvia: Soy Viejo Niño Solitario. Me gustaría inscribirme en la asociación de amigos del museo, pero sin participar en sus actividades. Sólo me interesa disponer de las instalaciones fuera del horario al público. Te adjunto a la presente mi número de domiciliación bancaria”*.